

negocios públicos. Y esto sin contar las penas del corazón y así sucesivamente. Apenas se disipa una nube, se forma otra; apenas hay un día de sol y de alegría entre ciento. Y, sin embargo, sois del pequeño número que goza de la felicidad. En cuanto á los demás hombres, la eterna noche se cierne sobre ellos.

Los ánimos reflexivos usan muy poco esta alocución: los felices y los desgraciados. En este mundo, vestíbulo de otro evidentemente, no hay seres felices.

La verdadera división humana es ésta: los luminosos y los tenebrosos.

Disminuir el número de los tenebrosos, aumentar el de los luminosos; tal es el grande objeto. Por esto gritamos: ¡Enseñanza! ¡Ciencia! Aprender á leer es encender el fuego; toda sílaba deletreada brilla.

Pero el que dice luz, no dice necesariamente goces. También se padece en la luz, porque el exceso quema. La llama es enemiga de las alas. Arder sin cesar de volar es el prodigio del genio.

Cuando sepáis y améis, padeceréis aún. El día nace con lágrimas. Los luminosos lloran, aunque no sea más que por los tenebrosos.

II

RAÍCES

El caló es la lengua de los tenebrosos.

El pensamiento se conmueve en sus más sombrías profundidades: la filosofía social se sumerge en las meditaciones más dolorosas en presencia de este enigmático dialecto, á un mismo tiempo humillado y rebelde.

Allí es donde se encuentra el castigo visible. Cada sílaba tiene una significación marcada.

Las palabras de la lengua vulgar se presentan en el caló como contraídas y retorcidas por el hierro enrojecido del verdugo, y algunas parece que están humeando aún. Tal frase produce el mismo efecto que la marca de la flor de lis de un ladrón, á quien se desnuda de repente. La idea se opone siempre á dejarse expresar por esos sustantivos perseguidos por la justicia. La metáfora es algunas veces tan descarada, que se conoce que ha estado en la argolla.

Por lo demás, y á pesar de todo esto, y aún á causa de todo esto, esa jerga extraña tiene de derecho su habitación en el gran estante imparcial, en que hay un sitio para el ochavo oxidado como para la medalla de oro, y que se llama literatura. El caló, quierase ó no se quiera, tiene su sintaxis y su poesía:

es una lengua; y si en la deformidad de ciertos vocablos se conoce que ha sido masculada por Mandrin, en el esplendor de ciertas metonimias, se descubre que la ha hablado Villon.

El siguiente verso, tan exquisito y tan célebre.

¿Do están las nieves de antaño? (1)

es un verso de caló. Antaño—*ante annum*—es una palabra del caló de Túnez, que significaba el año pasado, y, por extensión, *en otro tiempo*. Hace treinta y cinco años aún podía leerse, en la época de la salida de la gran cadena de 1827, en uno de los calabozos de Bjetre, esta máxima, grabada con un clavo en la pared por un rey de Túnez, condenado á galeras: *O challi d'antaño chálaban «siempre» por a bar de Coesres*. Lo que quiere decir: «Los reyes de otro tiempo iban siempre á hacerse consagrar.» Para aquel rey la consagración era el presidio.

La palabra *decarede*, que significa la partida de un carruaje pesado al galope, se atribuye á Villon y es digna de él. Esta palabra, que echa fuego por las cuatro patas, resume, en una onomatopeya magistral, el admirable verso de Lafontaine:

Tiraban de un coche seis fuertes caballos.

(1) Nosotros creemos que el caló viene del gitano y que el gitano es una lengua antiquísima, hablada, como la misma palabra lo expresa, por el pueblo egipcio, la cual, en las emigraciones de la raza que la conserva, se ha ido modificando con arreglo al genio y á la estructura del idioma hablado en cada país adonde se han extendido los gitanos. De éstos la han tomado todos los miserables.

El autor, sin embargo, no parece que la considera de esta manera, y así le da algunas raíces extrañas. Antaño, por ejemplo, nunca ha sido palabra gitana y todavía en español castizo se pronuncia y se sabe lo que es. Lo mismo podemos decir de otras palabras, ya españolas, ya de diversas lenguas que el autor cita.

Bajo el punto de vista puramente literario, pocos estudios serán más curiosos y más fecundos que el del caló. Es una lengua dentro de la lengua común; una especie de excrescencia enfermiza; un injerto malsano que ha producido una vegetación; una parásita que tiene sus raíces en el viejo tronco-galo, y cuyo siniestro follaje se arrastra por un lado de la lengua. Esto es lo que podría llamarse el primer aspecto, el aspecto vulgar del caló. Mas para los que estudian la lengua como deben estudiarla, es decir, como los geólogos estudian la tierra, el caló se presenta como un verdadero aluvión. Según que se ahonda más ó menos, se encuentra en el caló, por bajo del antiguo francés popular, el provenzal, el español, el italiano, el levantino, esa lengua de los puertos del Mediterráneo, el inglés y el alemán, el romance en sus tres variedades, el romance francés, el romance italiano, el romance romano, el latín y, en fin, el vasco y el celta. Formación extraña y obscura (1). Edificio subterráneo construido en común por todos los miserables. Cada raza maldita ha formado una capa, cada padecimiento ha dejado caer una piedra, cada corazón ha dado un guijarro. Una multitud de almas criminales, bajas ó irritadas que han atravesado la vida y han ido á desvanecerse en la eternidad, están allí casi completas, y en cierto modo visibles, aún bajo la forma de una palabra monstruosa.

¿Se quieren voces españolas? El antiguo caló gótico las tiene en abundancia. Ahí están *boffete*, que viene de bofetón; *vantana*, después *vanterna*, que viene de ventana; *gat*, que viene de *gato*; *acite*, que viene de *aceite*. ¿Se quieren voces italianas? *Spade*.

(1) Esta misma observación corrobora lo que hemos dicho en la nota anterior.

que viene de *spada*; *carvel*, barco, que viene de *carravella*. ¿Se quieren inglesas? *Bichot*, obispo, que viene de *bishop*; *raille*, espía, que viene de *rascal*; *rascalion*, pillo; *pilche*, estuche, que viene de *pilcher*, vaina. ¿Se quieren alemanas? *Caleur*, mozo, de *keller*; *hers*, amo, de *herzog*, duque. ¿Se quieren latinas? *Frangir*, romper, de *frangere*; *affurer*, robar, de *fur*; *cadene*, cadena, de *catena*. Hay una palabra que reaparece en todas las lenguas del continente con una especie de poder y autoridad misteriosa; la palabra *magnus*. Escocia ha sacado de ella *mac*, con que designa el jefe del Clan, Mac-Farlane, Mac-Callummore, el gran Farlane, el gran Callummore (1); el caló ha sacado *meck*, y después *meg*, es decir, Dios. ¿Se quieren voces vascongadas? *Gahisto*, el diablo, que viene de *gaiçtoa*, malo; *sorgabon*, buenas noches, que viene de *gabon*, buenas noches. ¿Se quieren celtas? *Blavin*, pañuelo, que viene de *blavet*, agua que corre; *menesse*, mujer (en mal sentido), que viene de *meinec*, lleno de piedras; *barant*, arroyo, de *baranton*, fuente; *goffeur*, cerrajero, de *gof*, herrero; *guedouze*, muerte, de *quenu-du*, blanco negro. ¿Se quiere, en fin, la historia? El caló llama á los escudos *malteses*, en recuerdo de la moneda que corría en las galeras de Malta.

Además de los orígenes filológicos que acabamos de indicar, el caló tiene otras raíces más naturales aún, y que salen, por decirlo así, del mismo espíritu del hombre.

En primer lugar, hay que notar la creación directa de las palabras, que constituye el misterio de las lenguas. Pintar con palabras que tienen figura, aunque no se sepa cómo ni por qué, es el fondo pri-

(1) Obsérvese que *mac*, en celta, significa hijo.

mitivo de toda lengua humana; es lo que podría llamarse el granito de su construcción. El caló abunda en palabras de este género, palabras inmediatas, hechas de una pieza, no se sabe cómo ni por qué, sin etimología, sin analogía, sin derivados; palabras solitarias, bárbaras, repugnantes algunas veces, que tienen una singular fuerza de expresión, y que viven. El verdugo, el *taule*; el bosque, el *sabré*; el miedo, la fuga, *taf*; el lacayo, el *larbin*; el general, el prefecto, el ministro, *pharos*; el diablo, el *rabouin*. Nada es más extraño que estas palabras que disfrazan y presentan la idea. Algunas como el *rabouin*, son al mismo tiempo grotescas y terribles y producen el efecto de un gesto ciclópeo.

En segundo lugar viene la metáfora, porque lo más propio de una lengua que quiere decirlo todo y ocultarlo todo, es la abundancia de figuras. La metáfora es un enigma en que se refugian el ladrón que medita un golpe y el preso que combina una evasión. No hay ningún idioma más metafórico que el caló. — *Trincar por el tronco*, agarrar por el cuello; la *nube*, la capa; *hacinar á uno*, juzgarle; un *ratón*, un ladrón de pan; *dardear*, *picar*, llover, figura antigua y asombrosa, que lleva su fecha en sí misma, y asimila las largas líneas oblicuas de la lluvia á las picas espesas é inclinadas de los lanzquenets, y que contiene en una sola palabra la metonimia popular; *llueven chuzos*. Algunas veces, á medida que el caló pasa de la primera época á la segunda, las palabras pasan del estado salvaje y primitivo al sentido metafórico.

El diablo cesa de ser el *rabouin* y se convierte en el *panadero*, el que anda en el horno. Esta significación es más ingeniosa, pero menos grande; es una cosa, como Racine después de Corneille; como Eurípides después de Esquilo.

Ciertas frases del caló que corresponden á las dos épocas y tienen á la vez el carácter bárbaro y metafórico, parecen un efecto fantasmagórico. *Los murcios van á chorar queles á la luna* (1). Esto pasa por la mente como un grupo de espectros: no se sabe lo que se ve.

En tercer lugar tenemos la modificación. El caló vive de la lengua y la usa á su capricho; la emplea al acaso y se limita muchas veces, cuando tiene necesidad, á desnaturalizarla sumaria y gravemente. A veces con las palabras usuales así transformadas y complicadas con palabras de caló puro, compone locuciones pintorescas, en que se descubre la mezcla de los dos elementos precedentes, la creación directa y la metáfora:

Del estaripen me sacan
A caballito en un quel,
Por toda la polvorosa
Zurrándome el barandel.

El forio, es un *jili*; la foria, es *garlichá*, y la dugida, *juncal*; el ciudadano es tonto, la ciudadana es astuta, la hija es bonita.—Muchas veces, con objeto de hacer perder la pista á los que escuchan, el caló se limita á añadir indistintamente á todas las palabras de la lengua una especie de cola innoble, una terminación ó una anteposición en *cuti* ó en *di*. Por ejemplo: *¿Tite tipatiretice tibien tiesteuti guitisatidoti?* ¿Te parece bien este guisado? Frase dirigida por Cartucho á un carcelero para saber si le convenía la cantidad ofrecida por la evasión. Más recientemente se ha añadido la terminación en *mar*.

(1) Los ladrones van á robar burros por la noche.

El caló, siendo el lenguaje de la corrupción, se corrompe muy pronto: además, como trata siempre de ocultarse, así que se ve comprendido, se transforma. Al contrario de que sucede en toda vegetación, en el caló, el rayo de luz mata lo que toca. Así, el caló va descomponiéndose y recomponiéndose sin cesar; trabajo rápido y obscuro que no se detiene nunca. El caló camina más en diez años que la lengua en diez siglos.

Así, el *larton* (1) se convierte en *lartif*; el *gail* (2) en *gaye*; la *fertanche* (3) en *fertille*; el *momignard* en el *momaeque*; los *fiques* (4) en *frusques*; la *chique* (5) en *egrugeoir*; el *colabre* (6) en *colas*. El diablo es primero *gahisto*, después el *rabouin*, después el *panadero*; el sacerdote es el *ratichon*, después el *jabali*; el puñal es el *veintidós*, después el *surin*, después el *lingre*; los polizontes son *railles*, después *roussins*, después *rousses*, después *comerciantes de lazos*, después *coqueurs*, después *cognes*; el verdugo es el *taule*, después *Carlitos*, después el *buchi*, después el *cojuelo*. En el siglo xvii, reñir es *darse para tabaco*; en el xix es *darse de mojas*. Veinte locuciones distintas han pasado entre estos dos extremos. Cartucho hablaría en griego para Lacenaire. Todas las palabras de esta lengua están perpetuamente en fuga como los hombres que las pronuncian.

Sin embargo, de tiempo en tiempo, y á causa de este mismo movimiento, reaparece el antiguo caló y se hace nuevo. Tiene sus capitales donde se conser-

- (1) Pan.
- (2) Caballo.
- (3) Paja.
- (4) Vestidos.
- (5) Iglesia.
- (6) Castillo.

va. El Temple conservaba el caló del siglo xvii; Bicetre, cuando era cárcel, conservaba el caló de Túnez; allí se oía la antigua terminación en *anche* de los tunecinos. *Bebeanches tú*, bebes tú; *creyanches*, cree. Pero no por esto es menos ley el movimiento perpetuo.

Si el filósofo, para observarla, llega á fijar por un momento esta lengua, que se evapora sin cesar, cae en dolorosas y útiles meditaciones. Ningún estudio es más eficaz y más fecundo en enseñanzas. No hay una metáfora ni una etimología del caló que no contenga una lección. Entre esos hombres, *golpear* quiere decir *hender*; la astucia es su fuerza.

Para ellos, la idea del hombre no se separa de la idea de la sombra. La noche se dice la *sorgue*, el hombre el *orgue* (1). El hombre es un derivado de la noche.

Se han acostumbrado á considerar la sociedad como una atmósfera que les mata, como una fuerza fatal, y hablan de su libertad como hablarían de su salud. Un hombre preso es un *enfermo*; un hombre condenado es un *muerto*.

Lo más terrible, para el encarcelado en las cuatro paredes de piedra que le sepultan, es una especie de castidad glacial; al calabozo le llama *el casto*. En ese lugar fúnebre, la vida exterior se presenta siempre bajo el más grato aspecto; el preso tiene grillos en los piés. ¿Creéis acaso que piensa en que se anda con los piés? No: piensa en que se baila con los piés: así, en el momento en que consigue limar los grillos, su primera idea es que puede bailar y llama á la lima *la bailadora*.—Un *nombre* es un *centro*, profunda asimilación.—El bandido tiene dos cabezas; la una,

(1) Esto es el caló francés. En el español la noche es la *rachí*, el hombre *maní*.

que razona sus acciones y le guía toda su vida; la otra, que tiene sobre sus hombros el día de su muerte: llama á la cabeza que le aconseja el crimen, *la sorbona*, y á la cabeza que expía, *el troncho*.—Cuando un hombre no tiene más que harapos sobre el cuerpo y vicios en el corazón; cuando ha llegado á esa doble degradación material y moral que caracteriza en sus dos acepciones la palabra *miserable*, es lo más propio para el crimen, es como un cuchillo bien afilado; tiene dos filos, su miseria y su maldad; así el caló no dice un «miserable»; dice un «choré».—¿Qué es el presidio? Un brasero de condenación, un infierno. El forzado se llama un *sarmiento*.—En fin, ¿qué nombre dan los malhechores á la cárcel? El *colegio*.

Todo un sistema penitenciario puede salir de esta palabra.

¿Se quiere saber de dónde han salido la mayor parte de las canciones del presidio, esos refranes, llamados en el vocabulario especial las *lirlonfas*? Pues oid:

Había en el Chatelet de París un subterráneo muy grande que estaba ocho piés más bajo que el nivel del Sena. No tenía ni ventanas, ni respiraderos; la única abertura era la puerta. Los hombres podían entrar allí, el aire no. Esta cueva tenía por techo una bóveda de piedra y por suelo diez pulgadas de fango. Había sido enlosada; pero el enlosado se había podrido y abierto con el agua rezumada. A ocho piés por cima del suelo una larga y gruesa viga atravesaba el subterráneo de parte á parte, y de esta viga caían, de distancia en distancia, cadenas de tres piés de longitud, en cuyo extremo había una argolla. En aquella cueva se encerraba á los condenados á galeras, hasta que salían para Tolón.

Se les llevaba hasta ponerlos debajo de la viga,

donde á cada uno esperaba una cadena, oscilando en las tinieblas. Las cadenas, es decir, los brazos colgando y las argollas, es decir, las manos abiertas, cogían á aquellos miserables por el cuello. Se remachaba el hierro y se los dejaba allí. La cadena era demasiado corta y no podían echarse; permanecían inmóviles en la cueva, en aquella obscuridad, bajo aquella viga, casi colgados, haciendo esfuerzos inauditos para alcanzar el pan ó el cántaro, con la bóveda sobre la cabeza y el lodo hasta media pierna, corriendo sus excrementos por sus muslos, rendidos de fatiga, doblándose por las caderas y por las rodillas, agarrándose con las manos á la cadena para descansar, sin poder dormir más que de pie, despertándose á cada instante porque les ahogaba la argolla: algunos no volvían á despertar. Para comer subían con el talón á lo largo de la pierna hasta la mano el pan que se les arrojaba en el lodo. ¿Y cuánto tiempo estaban así? Un mes, dos meses, seis meses; uno estuvo un año. Aquello era la antecámara de las galerías; y se entraba allí por haber robado una liebre al rey (1). ¿Y qué hacían en aquel sepulcro-infierno? Lo que se puede hacer en un sepulcro, agonizaban; y lo que se puede hacer en un infierno, cantaban; porque, cuando ya no queda esperanza, queda aún el canto.

En las aguas de Malta, cuando una galera se aproximaba, oíase el canto antes que los remos. El pobre cazador furtivo Survincent, que había estado en el subterráneo del Chatelet, decía: *Las rimas me han sostenido*. Inutilidad de la poesía. ¿Para qué sirve la rima? En aquel subterráneo nacieron casi todas las canciones del caló. Del calabozo del gran

(1) Afortunadamente estos horrores nunca se han visto en España.

Chatelet de París salió el melancólico mote de la galera de Montgomery: *Timalumisen timulamison*. La mayor parte de estas canciones son lúgubres; algunas son alegres; una es tierna:

Aquí ves el teatro
Del dios vendado.

Por más que se haga, nunca se podrá borrar del corazón del hombre el amor.

En ese mundo de acciones sombrías se guarda el secreto. El secreto es de todos; el secreto, para esos miserables, es la unidad que sirve de base á la unión. Romperle, es arrancar á cada miembro de esta comunidad terrible alguna cosa de sí mismo. Denunciar, en el enérgico lenguaje del caló, es: *Comer el pedazo*. Como si el denunciador se llevase un poco de la substancia de todos y se alimentase con un trozo de carne de cada uno.

¿Qué es recibir un bofetón? La metáfora responde: *Es ver las estrellas*. Aquí interviene el caló; y dice: *candelillas, humazo*; y el lenguaje usual francés da al bofetón (*soufflet*) por sinónimo *humazo* (*camouflet*). Así, por una especie de penetración de abajo á arriba, la metáfora, esa trayectoria incalculable, hace subir al caló desde la caverna á la academia. Poulaillet, diciendo: *Enciendo mi candela* (*camouflet*), hace escribir á Voltaire: *Langleviel la Beaumelle merece cien bofetones* (*camouflets*).

Las investigaciones sobre el caló traen un descubrimiento á cada paso. El estudio profundo de este extraño idioma nos lleva al misterioso punto de intersección de la sociedad regular con la sociedad maldita.

El ladrón tiene también su carne de cañón, la materia robable, vosotros, yo, cualquiera que pasa, el *pan* (*pan*, todo el mundo).

El caló es el verbo hecho presidiario.

Y realmente asusta que el principio pensante del hombre pueda ser llevado tan abajo, y arrastrado y oprimido allí por las oscuras tiranías de la fatalidad, que pueda estar sujeto por desconocidos vínculos en ese precipicio.

¡Oh pobre pensamiento de los miserables!

¡Ah! ¿No acudirá nadie al socorro del alma humana que yace en esa sombra? ¿Será su destino esperar en ella para siempre el espíritu, el libertador, el inmenso jinete de los pegasos y de los hipógrifos, el soldado de color de aurora, que desciende del azul entre dos alas, el radiante caballero del porvenir? ¿Llamará siempre en vano á su auxilio la lanza de luz del ideal? ¿Está condenada á oír llegar espantosamente en el espesor del abismo al Mal, y á entrever cada vez más cerca, bajo las aguas repugnantes, esa cabeza de dragón, esa boca arrojando espuma, esa ondulación serpenteante de garras, de hinchazones y de anillos? ¿Será preciso que viva allí sin un resplandor, sin esperanza, entregada á esa aproximación formidable y vagamente sentida del monstruo, temblorosa, con el cabello suelto, retorciéndose los brazos, encadenada para siempre á la roca de la noche, sombría Andrómeda, pálida y desnuda en las tinieblas?

III

CALÓ QUE LLORA Y CALÓ QUE RÍE

Como hemos dicho, el caló completo, el caló de hace cuatrocientos años, como el caló de hoy, está penetrado de ese tenebroso espíritu simbólico, que da á todas las palabras, ya un aspecto dolorido, ya un aire amenazador. Se descubre en ellas la antigua y terrible tristeza de los truhanes de la Corte de los Milagros, que jugaban á las cartas con naipes especiales, de los cuales se han conservado algunos. El ocho de bastos, por ejemplo, representaba un gran árbol con ocho grandes hojas de trébol, especie de personificación fantástica del bosque. Al pie del árbol se veía una hoguera, en que tres liebres asaban á un cazador en el asador, y detrás, en otra hoguera, una marmita humeante, de donde salía la cabeza de un perro.

Nada más lúgubre que estas represalias en pintura, y en una baraja, en presencia de las hogueras que quemaban á los contrabandistas y de la caldera en que se cocían los monederos falsos. Las diversas formas que tomaba el pensamiento en el reino del caló, hasta la canción, hasta la burla, hasta la amenaza, tenían este carácter impotente y humillado.

Todas las canciones, cuya música se ha conser-